

ja (1886), episodio vulgar del que acertó á extraer Núñez de Arce raudales de poesía familiar y casera, haciendo vibrar la nota regocijada con leves matices patéticos, lo mismo que en otras ocasiones había interpretado los grandes sentimientos colectivos en la tonante bocina de las batallas.

¿A qué causa obedece el silencio prolongado con que Núñez de Arce mortifica á sus adoradores? Sin tratar de investigarlo, haré constar, de nuevo y por remate de este capítulo, mi admiración sincera hacia el estupendo versificador y el lírico que subyuga cuando no convence, y mi protesta contra los vapores de heterodoxia que empañan la transparencia y el brillo de sus honradas, pero deficientes, convicciones espiritualistas.



CAPÍTULO XIX

LA POESÍA FILOSÓFICA Y SOCIAL (CONTINUACIÓN)

Carlos Rubio. — Alcalá Galiano. — Bartrina. — Revilla. — Ferrari. — Manuel Reina. — Rey Díaz. — Gabino Tejado.

CON el de Núñez de Arce deben unirse varios nombres menos gloriosos sin duda, pero que representan un grupo importante llamado á serlo más con los días, dada la boga en que están las obras del maestro y los imitadores. No quiere esto decir que lo sean todos los poetas que voy á juzgar; pues unos aparecieron antes que él, en otros se notan tendencias y filiación artística muy desemejantes, y casi todos aprecian de diversa manera el estado de nuestra sociedad.

No habían de sonar muy bien las enérgicas apóstrofes de Núñez de Arce á la corrupción de las costumbres, á la venalidad política y á nuestra universal decadencia, originada, según él, por la revolución, en los oídos del que fué su compañero en la prensa y fogoso progresista, Carlos Rubio, alma de fuego, á quien las vicisitudes de una vida azarosa impidieron depurar su gusto, tocado de hinchazón y propenso á las exageraciones. Bien se conoce en todo lo que de él conservamos, tanto en su olvidado drama *Rienzi* como en

las poesías líricas, más célebres por sus ideas avanzadas que por su valor literario. Distinguese por ambos títulos la elegía *A unas aves*, cuya historia no han olvidado los que seguían de cerca los planes revolucionarios del General Prim, con quien se hallaba entonces Carlos Rubio en calidad de secretario, compartiendo con él la esperanza del triunfo, las alternativas de la insurrección y las penalidades del destierro. Nadie ignora lo que pasó en la intentona de 1866, y cómo desde Inglaterra comenzó Prim á disponer la otra que dos años adelante obtuvo un éxito tan triste para España. Pues en estas circunstancias escribía Rubio, que ahora prorrumpe en los dolientes ayes del proscrito, ahora en la dura invectiva del tribuno, siempre desmandado y sin freno. Exclama dirigiéndose á su admirada Albión:

Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscrito en tu hogar, donde luciente
Ve de la libertad el fuego puro.
Y no se juzga de su patria ausente,
Porque es la libertad la patria santa
De todo corazón y toda mente.

Vuelve los ojos á España y evoca los recuerdos de más felices días, y le parece ver ese suelo bendito, cubierto de glorias y tan distante de él por su mala suerte, subyugado por un espectro que tiene en su derecha el crucifijo, *puño de una espada enrojecida en noble sangre*,

Y en la izquierda la copa, que, labrada
Por todos los demonios de la orgía,
De impurezas sin fin está colmada;

divisa el poeta todo esto, y estalla en iracundas maldiciones comparando las que él juzgaba vilezas del partido imperante con las de Luis XI, Caín y Baltasar.

La elegía entera es un programa político donde se dibujan los horrores de la tragedia revolucionaria, y de

ahí que alcanzase aquélla tanta boga entre los partidos de oposición, corriendo á sombra de tejado y conquistando una importancia que en parte conserva á título de curiosidad histórica.

D. José Alcalá Galiano, poeta muy poco fecundo hasta aquí, y á quien Revilla tuvo por una gran esperanza, se dió á conocer, primero como traductor de Byron, y en 1869 con una oda, ó cosa así, *A la abolición de la esclavitud*, oda muy mediana por el prosaísmo de los versos y lo trivial de las ideas, pero que el espíritu de secta levantó hasta las nubes. Alcalá Galiano conserva hoy íntegro el carácter que entonces manifestó de progresista fervoroso y á outrance, defensor constante de las llamadas ideas modernas, librepensador furibundo y enemigo de las religiones *positivas*, como dicen hoy los que no tienen ninguna. Este progreso es extraordinariamente elástico y trasciende á un panteísmo vulgar, refugio de todas las cabezas calientes que, sin estudios serios y con brillante imaginación, se dejan fascinar por una poesía falsa y contrahecha, y quieren compensar con el entusiasmo y la persuasión fervorosa las incoherencias del raciocinio.

Como Castelar en sus abigarrados discursos, así Alcalá Galiano en sus versos gusta de recorrer, á guisa de hábil funámbulo, la línea que separa en el espacio y el tiempo los principios y el fin de la creación, y ora compendia en síntesis históricas *sui generis* las vicisitudes y progresos de la humanidad, ora sueña con el concierto sublime y la armonía suprema que esconde en sus senos el destino, y que aceleran día por día los adelantos filosóficos y los descubrimientos científicos de la generación presente. El telégrafo y el vapor estrecharán, en sentir del poeta, las distancias de pueblos y razas, uniéndolas todas en perfecta fraternidad, más que no la voz *fanática* (*sic*) del misionero llevando á extraños climas una religión de paz y de amor. Este odio brutal contra todo lo que no es materia, este

empeño de suprimir en el hombre la aspiración al cielo, sustituyéndola con la felicidad del sentido y los progresos materiales, se traducen en declamaciones del peor gusto.

De Alcalá Galiano es también un librejo humorístico bautizado con el nombre de *Estereoscopio social*¹, tras de cuyos cristales desfilan en vertiginosa danza «las doncellas inocentes, las esposas desenvueltas, los atroces ó confiados maridos, los viejos verdes, los segundones epicúreos, los enamorados mancebos y los señores positivistas, así como los filósofos fastidiosos y los poetas tristes...». Así lo asegura el prologuista del *Estereoscopio*, Pérez Galdós, quién además ve rebosar el ingenio por todas las páginas del tomito y por ninguna las tendencias sectarias del autor, precisamente lo contrario de lo que á mí me sucede.

Cierta expedición para rimar de que da prueba Alcalá Galiano en el *Estereoscopio* y en algunas poesías serias, como *El titán*, escrita en fáciles alejandrinos, forma extraño contraste con la dureza de los versos sueltos ó asonantados de sus traducciones byronianas², que, sin embargo, poseen el mérito de la fidelidad. Por el mismo procedimiento ha traído Alcalá Galiano á nuestro idioma cantos escogidos de Leopardi, á quien profesa singular cariño, pero sin participar de su desesperanzada filosofía, antes bien mirando los tiempos modernos á través de una candidez bonachona y ciega.

Más deplorable que esta candidez es el pesimismo negro, sin fe en la Providencia ni en el hombre, infamador nato de toda grandeza y siervo del capricho; religión de corazones ruines, viciosos y desesperados, calamidad de muchos grandes ingenios y característica del siglo presente. Gracias á Dios, el pesimismo en

¹ Madrid, 1872.

² *Poemas dramáticos de Lord Byron. Cain, Sardanápalo, Manfredo. Con un prólogo de D. Marcelino Menéndez Pelayo.* Madrid, 1886.

España nunca ha sido como en otras naciones, ni tiene por intérpretes á un Byron ni á un Leopardi, porque hasta el mismo Espronceda rendía culto á ideales, malos sin duda, pero muy diferentes del egoísmo enervador; y en cuanto á Núñez de Arce, no es posible desconocer el espíritu viril y comunicativo que palpita en medio de sus dudas y desalientos. Pesimista resuelto á la manera de Heine, de Leopardi y Leconte de Lisle, sólo ha habido uno: Joaquín M. Bartrina¹, nacido precisamente en Cataluña, el país de los caracteres radicales é indisciplinados, amigos de la afirmación ó la negación, y opuestos á las atenuaciones y medias tintas.

Emanadas de un mismo principio, tres son las notas dominantes en los versos de Joaquín Bartrina: el ateísmo, el materialismo y la misantropía. Su aversión á Dios se manifiesta de soslayo en forma de dudas ó de burlón y grosero cinismo, con base pseudocientífica, pero en realidad muy poco desemejante de la blasfemia tabernaria. Pasman é indignan los alardes de impiedad, con visos de prematura omnisciencia, en que prorrumpe el autor sólo porque había leído y mal digerido cuatro nociones de Fisiología y las obras de Carlos Darwin².

¹ Véase *Obras en prosa y verso de D. Joaquín María Bartrina, escogidas y coleccionadas por J. Sardá.* Barcelona, 1881. Esta colección es póstuma, y hay otra de versos sólo hecha por el autor con el título de *Algo*, y que ha tenido hasta cuatro ediciones, todas impresas en Barcelona; la última, que tengo á la vista, en 1884, y la primera, que es rarísima, ocho años antes.

² Véase una muestra:

Sé que el rubor que enciende las facciones
Es sangre arterial,
Que las lágrimas son las secreciones
Del saco lagrimal;
Que la virtud que al bien al hombre inclina
Y el vicio, sólo son
Partículas de albúmina y fibrina
En corta proporción.

Por cierto que en una composición contra el naturalista inglés le reprende sus aseveraciones sobre la descendencia simiana del hombre, quien, en concepto de Bartrina, es mucho menos sensible y caritativo que el mono. Digna filosofía de quien se atrevió á escribir el siguiente aforismo:

El hombre al hombre olvida,
Si le es indiferente, cuando muere,
Y si le debe algún favor, en vida.

Alguna vez nos sorprende el atrabiliario poeta catalán con relámpagos de peregrina agudeza y espíritu analítico; pero aun entonces le perjudican la desnudez con que exhibe las ideas, el aire pedantesco de superioridad y el desaliño selvático de la forma.

Los que comparan á Bartrina con Heine no han reparado en que, además de ser Heine tan artista, no tenía esos pujos de hierofante, y hablaba contra Dios y contra los hombres con la caprichosa volubilidad del que atiende sólo á las impresiones del momento. El frío razonar de Bartrina sólo se concibe en un alma seca é insensible; sus blasfemias sólo se parecen á las de Heine en ser blasfemias; y si algo imitó de él fué lo malo, y entre lo malo lo peor, al revés de Becquer, que se asimiló el jugo poético sin los principios disolventes que lo corrompen. Bartrina es por esa causa muy poco conocido fuera de Cataluña, y de ello deben felicitarse la Poesía, la Religión y el sentido común.

Esas almas de hielo que se empeñan en escalar el templo del arte nunca lo consiguen sino á medias, por mucho ingenio que derrochen en el logro de sus aspiraciones. Prueba de ello el elegante crítico de la *Revista Contemporánea*, Manuel de Revilla, literato de inteligencia dócil y flexible, pero medianísimo filósofo y no mucho más poeta, aunque afirmen lo contrario sus amigos y encomiadores. La suma de conocimientos literarios que poseyó Revilla, y su trabajada y tempe-

tuosa existencia, en la que tanto hubo de padecer y luchar, hicieron que, al trasladar al papel sus combates íntimos y las variadísimas transformaciones de sus ideas, surgiera espontáneamente una sombra de la inspiración que su naturaleza le negaba, pero que en el terreno de las simulaciones era un dechado; Revilla aparentaba ser poeta aun cuando de hecho no lo fuese.

Ganas le tenían los autorcillos á quienes trituró con su austera y desenfadada crítica, y que quedaron chasqueados al aparecer *Dudas y tristezas*¹, escudadas con un prólogo encomiástico de Campoamor; faltas de vida, es verdad, pero con cierto barniz estético y de buen sentido que las hacía relativamente invulnerables. Los temas fundamentales del libro son el entusiasmo por el progreso, y los terrores de la duda, tan sincera por lo menos como en Núñez de Arce, pues Revilla estudiaba los problemas filosóficos y sociales con afición decidida, aunque sin el suficiente detenimiento, y la misma rapidez de comprensión le hacía propender á un sincretismo caliginoso, á una semiciencia que martiriza el entendimiento en vez de satisfacerle². No creo que las suyas puedan llamarse *Doloras* como las de Campoamor, y bien hizo éste al reconocer en aquéllas fiso-

¹ *Dudas y tristezas, poesías de Manuel de la Revilla, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor*. Madrid, 1875. 2.^a edición. Madrid, 1882.—Este prólogo se había publicado antes en la *Revista Europea* (tomo IV, número 62), produciendo una curiosa disputa, postrera señal de vida que dió en España el krausismo, y en la que tomaron parte, de un lado Canalejas con la mansedumbre é indecisión de siempre, otros dos krausistas mucho más oscuros, y el mismo Revilla, en fin, que á la sazón ya era neokantiano; y de la otra Campoamor solo, que respondió con un humorismo tan saliente y desenfadado como el del prólogo, arrastrando á la mísera secta por los suelos en sus artículos; *¡A la lenteja! ¡A la lenteja!* y *Repito que á la lenteja*. El L. Ruiz que terció en la polémica no era otro que el difunto profesor de Santiago D. Gumersindo Laverde, católico y antikrausista ferviente, como lo da á entender su misma carta á Canalejas. (Véanse todos estos documentos en los tomos IV y V de la mencionada *Revista Europea*.)

² Cuando preparaba la segunda edición de *Dudas y tristezas* era ya francamente positivista.

nomía peculiar y propia, pues la ligereza y el humorismo epicúreo del modelo nada tienen que ver con la filosofía, superficial sí, pero grave de *Dudas y tristezas*.

La discusión informa el libro de Revilla, aunque alguna vez se une con ella el sentimiento; en su mutua lucha siempre sale triunfando la razón sobre la fe, sin que velo alguno encubra las ideas más osadas é irreligiosas. El motivo de la elección aparece soberanamente infundado pero el autor no se siente con ánimos para ir contra la corriente, y se excusa con el absurdo *porque sí* de *Las dos barqueras*, aunque nos diga en otra ocasión:

Yo las vendas arranqué,
Y el alma perdió el sosiego
Al perder amor y fe.
¡Feliz el que vive ciego!
¡Desventurado el que ve!

Cuanto de razonador y filosófico el numen de Revilla, tiene de impetuoso y enérgico el del poeta vallisoletano Emilio Ferrari, joven cuya celebridad data de su primer lectura en el Ateneo. Ya antes había publicado versos muy dignos de atención, entre los que figuran los consagrados á *Cervantes*, viriles y armoniosísimos, si bien afeados por ciertos alardes intempestivos de profundidad esotérica, y las octavas á *La musa moderna*, comentario grandilocuente de unas palabras de Núñez de Arce.

La leyenda sobre el matrimonio de los Reyes Católicos (*Dos cetros y dos almas*) y la oda á la batalla de Lepanto, serán, mientras exista la lengua de Castilla, florones inmarcesibles de la corona poética de Ferrari. Color local sin prolijas nimiedades en la una; entusiasmo generoso en la otra, y en ambas versificación irreprochable, tanto en la apóstrofe levantada como en las descripciones; tales son las prendas que las separan de la literatura cursi y de repetición ó segunda mano.

En 1884 leyó Ferrari en el Ateneo de Madrid el

poemita *Pedro Abelardo*, en el que se dibuja á medias, mutilada en sus contornos y falseada en su representación fundamental por las simpatías revolucionarias del autor, la silueta del tempestuoso dialéctico del siglo XII. Sería superfluo discutir las enormidades históricas y señalar los anacronismos ideológicos en que ha incurrido el poeta vallisoletano transfundiendo su alma propia en la del héroe, y haciéndole hablar y producirse, no como un hereje más ó menos resuelto de la Edad Media, sino como un demócrata librepensador y de club.

Pero apartando los ojos de tan radical deficiencia, y hasta concediendo una parte de razón á Leopoldo Alas respecto de los cargos gramaticales y de pormenor acumulados en un artículo venenoso contra el poema de Ferrari, todavía hay que reconocer en éste imaginación tropical y brillantísima, dotes de versificador estupendo, en que sólo cede á Núñez de Arce, y gusto y manos de verdadero artista para cincelar la estrofa, dándole el relieve y pulimento de una escultura de alabastro. El que no sienta los primores de forma, la eurytmia y la tersura de algunos fragmentos del *Pedro Abelardo*, *La muerte de Hipatia*¹ y la recién publicada *Alegoría*

¹ Prescindiendo del espíritu neopagano que informa este poema (aún no publicado íntegramente), citaré una muestra de los alejandrinos en que está escrita la *Arenca de Hipatia* (*Almanaque de La Ilustración para 1887*, páginas 42-44):

.....
¡Oh Grecia, musa eterna, Sibila de la Historia,
Cuyos cabellos cuerdas de nuestras liras son!
¿Quién puede tu recuerdo borrar de la memoria,
Ni al culto de tu nombre cerrar el corazón?
Tus golfos se recortan en frescas ensenadas;
Tus bosques ensombrece, pomposo, el abedul;
Las islas te circundan cual perlas desgranadas
De tu collar ó cisnes en el remanso azul.
Tú diste á todo un alma. Por ti su imperio ejercen
La fiera de los bosques y el águila veloz;
Las ramas, como brazos, lascivas se retuercen,
El eco habla en las grutas del viento con la voz;
En ti las espesuras detrás de cada fronda
Descubren un silvano dormido en el marjal,

de otoño ¹, no sabe lo que son versos, ni distinguir de colores y sonidos en materia de poesía castellana.

Al seguir las huellas del autor de *El vértigo* no ha abdicado de su propia y errática personalidad Manuel Reina, cuyas primeras poesías andan coleccionadas en dos volúmenes ² de agradable lectura por la ingeniosidad del fondo y los atrevimientos de la forma, y que obtuvieron regular acogida. La musa de Reina, que posteriormente se buscó un cuasi domicilio en *La Ilustración Española y Americana*, imprime cierto sello de ligereza á todo lo que toca, sin excluir el género social, que con predilección, aunque no exclusivamente, cultiva. Es amigo de los objetos múltiples ó agrupados, de las antítesis y las comparaciones, que constituyen en él verdadera manía; ha catalogado *las musas españolas*, la *música* de las naciones modernas, las maravillas de la Alhambra, y sería capaz de hacer lo mismo con las estrellas del firmamento. Sin que pueda considerarse como un prodigio su versificación, tira á re-

Y en tus corrientes aguas es cada móvil onda
El pecho de una ninfa que habita su cristal.
¡Salud, Hélada madre! De Jonia y de Corinto
Besada por los mares que arrullante á la vez,
Tu suelo fué tallado como un inmenso plinto
Donde la forma alzara su augusta desnudez.
Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza;
Para tus hijos, ebrios de juventud sin fin,
La vida era un tributo rendido á la belleza,
La muerte un dulce sueño por término á un festín.

.....
Entre tus puras manos la línea que ondulante
Sus ricas inflexiones doquiera desplegó,
Fué verbo del granito, fué ritmo palpitante,
Del himno que á los cielos la piedra levantó.
En cada huella tuya trazada sobre el barro
El molde de una Venus dejastes al pasar;
Las chispas que encendieron las ruedas de tu carro,
Constelación de estrellas subieron á formar.

¹ *Poemas vulgares. I. Consummatum...*—En el arroyo. Madrid, 1891.

² *Andantes y allegros.*—Cromos y acuarelas, cantos de nuestra época, con un prólogo de D. José Fernández Bremón.

solver una dificultad rítmica que algunos consideran insuperable: la de dar flexibilidad y armonía al romance endecasílabo, lenguaje propio de la tragedia clásica, y que apenas ha manejado nadie con destreza, fuera del Duque de Rivas en *El moro expósito*.

Concluyamos con los imitadores de Núñez de Arce. Lo es muy de corazón el periodista gallego Nicanor Rey y Díaz, autor de una *Epístola* á D. Emilio Alvarez sobre *El pueblo y la revolución* ¹, por el estilo de *La duda*, de la que tiene copiosas reminiscencias. Rey Díaz contempla con pavor el advenimiento de la anarquía, que avanza sin cesar prevalida del número y de la fuerza, gracias al concurso de las clases populares, soliviantadas por el sofisma y las promesas utópicas. Sin fe cristiana ni creencias salvadoras, el mal no tiene remedio en lo humano; y apareciendo como aparecen ya los primeros indicios de la conflagración inminente, no debe llamarse ni fanático ni profeta al que procura atajar sus pasos, que no son otros sino los de la Revolución atea y demoledora. Lejos de halagar el autor las ambiciones sin freno, fustiga con énfasis retórico á

..... la multitud inquieta,
Nauseabunda bacante desgreñada,
Insensible á los cantos del poeta,
De vino y lodo y sangre salpicada.

El volumen de poesías rotulado *Hierro y fuego* ² que concluye de dar á la estampa Rey Díaz, es de una mediocridad, por no decir insignificancia, deplorable, debida al martilleo de un mismo tema variado en todos

¹ El autor le ha cambiado este título por el de *Temores*.—Merced á las ideas conservadoras de la epístola no fué premiada en un certamen, entre cuyos jueces figuraba el famoso hegeliano (de la izquierda) Indalecio Armesto, autor de una vindicación apologética empedrada de blasfemias y desatinos, que se lee, junto con la *Epístola*, en *La Ilustración Gallega y Asturiana* (volumen III, año 1881).

² Madrid, 1890.

los tonos, al caótico maridaje de la jerga progresista con el cristianismo *sui generis* de Castelar, y á los numerosos descuidos métricos *salvados* en la fe de erratas con otros no menos garrafales.

La difusión, en el arte, de la verdad católica, único antídoto contra el veneno de las ideas corruptoras, único adversario resuelto que puede degollar la serpiente de la anarquía, apenas ha encontrado hasta la fecha genuinos representantes por haberse ceñido los poetas religiosos á la efusión de afectos tranquilos, según la pauta tradicional.

Uno de los muy contados que descendieron á la sangrienta liza, embrazando el escudo de la fe y esgrimando la espada de la Poesía contra los errores y las concupiscencias del mundo moderno, fué el ardoroso polemista Gabino Tejado, que acaba de morir entre la indiferencia del público olvidadizo, amante de frivolidades estrepitosas y pasajeras, y desdeñoso para con el mérito realzado por la modestia. No bastó al insigne discípulo de Donoso Cortés haber sobrepujado á todos los traductores españoles del siglo presente, ni derramar en el piélagos de la prensa diaria torrentes de agudeza é ingenio, ni habernos legado insignes modelos de prosa castiza, para impedir que le olvidase la generación contemporánea. ¿Qué había de suceder con las rimas de Tejado, consideradas por él mismo como pasatiempos apenas merecedores de la publicidad?

Y, sin embargo hay entre ellas alguna oda clásica notable ¹, y cierto poemita fragmentario en que una inspiración robusta, si bien desigual y poco ejercitada, celebra los triunfos de la Iglesia católica y la epopeya de sus trabajos por la civilización ².

El poeta se considera aislado en medio de un siglo

¹ La inserta en *El Laberinto*, titulada *Paisaje en la montaña*, y que debía formar parte de un libro no publicado, á lo que creo.

² *El triunfo, ensayo poético de Gabino Tejado*. Madrid, 1877.

menospreciador de las grandezas cristianas, y de ahí el tono de melancolía suave que va constantemente unido al de la indignación; mas, como si quisiera apartar la vista de ese abismo sin fondo, la vuelve hacia la región del bien y de la esperanza, hacia la mística luz que conduce á los pueblos á su prosperidad verdadera. El himno final á la Iglesia católica y al Pontificado contrasta por la dulzura de su lirismo (á la que no corresponde la de los versos, y es muy de sentir) con el tono agrio y juvenalesco de otras partes del poema. Doy traslado de la imprecación á Europa, que probablemente desconocerán muchos de mis lectores:

.....
 Seco el laurel en la caduca frente,
 Que el Sol ya no ilumina del Calvario,
 Mejor es que te envuelvas indolente
 De eterna servidumbre en el sudario.
 Dobla, en rosas bañada, tus festines:
 Tus músicas y danzas peregrinas
 Sigante, coronada en tus jardines
 Por mano de tus bellas Mesalinas.
 Apura el cáliz que te ofrece Baco,
 Liba las flores que tu Venus ama.
 No cures si á tus puertas Espartaco,
 Con su enjambre servil, á muerte llama.
 No cures si el eunuco en los umbrales
 De ese tu mismo harén el hierro afila;
 Deja que allá en sus antros boreales
 Torne el corcel á relinchar de Atila.
 ¿Qué te asusta? ¿No crecen cada hora
 Tus falanges de fieles pretorianos?
 De tus naves la mole rugidora,
 ¿No puebla los domados Oceanos?
 ¿No te abre sus riquísimas entrañas
 La tierra, dócil á tu voz potente?
 La roca de las vírgenes montañas,
 ¿No se rinde á tus plantas obediente?
 ¿No sabes tú llevar de zona en zona
 Con las alas del rayo tus acentos?
 ¿No es un cielo en la tierra la corona
 Que aguardan tus altivos pensamientos?

¿No eres quizá tú misma aquella obscura
Divinidad que el símbolo fingía,
Y hoy ya, del hombre soberano hechura,
Al símbolo caduco desafia?

Sí; tú vences, tú triunfas y tú imperas,
Raza augusta, inmortal! Tuyo es el mundo,
Tú robas al arcángel sus banderas,
Tú dominas al báratro profundo.

.....
Duerme, pues, al rumor de los gorjeos
Que alzan las aves de tu Edén logrado:
Duerme, y sueña feliz nuevos trofeos
Que sublimen tu ser divinizado.

Llene el mundo la voz de los cantares
Que en las ondas modulan tus sirenas.
Escucha:— «Con su Dios y sus altares
Caigan del orbe antiguo las cadenas.

»Cesa ya de tronar, voz inclemente,
Que, allá inventada del Siná en la cumbre,
De tanto siglo corazón y mente
Sujetaste con dolo á servidumbre.

»Y calla tú también, turba nacida
Para gemir al pie de los osarios:
Quema, en fin, esa historia carcomida
De tu Cristo, tu Cruz y tus Calvarios.

»¡Hombre á gozar en libertad nacido!
Tú eres tu solo juez; quien te lo niega,
De ridículo miedo al yugo uncido
Con amenaza hipócrita te entrega.

»Jove ó Jesús, Alah ó Brahma se llame,
Supiste al fin que Dios no es más que un nombre.
Redíme, pues, tu servidumbre infame,
¡Viva la libertad! Dios es... el hombre.»

Después de estas estrofas viene el siguiente soneto:

¡Rayo del alto Juez! ¿Por qué en el seno
De la nube encerrado vengadora,
Tardas en descender, si á cada hora
Te anuncia al mundo amenazante el trueno?
¿El vaso, por ventura, no está lleno,
Señor, de la Justicia aterradora?
¿La iniquidad que en las entrañas mora
Del hombre guardar puede más veneno?

Si está escrito, Señor, que al fin perezca,
No más con sus blasfemos desvarios
Permitas que te insulte y que padezca
Esta infeliz generación de impíos.
Y pues en ti es piedad que más no crezca,
¡Desciende, ira de Dios, descende á ríos!

Quien tales vibraciones arrancó á su lira en un
humilde *ensayo*, ¿no merecerá la condonación de leves
pecados contra la eufonía y el orden lógico de las pala-
bras, facilísimos de remediar por otra parte?

